

Biblia, creación y ciencia

Juan Miguel Rodríguez*

Resumen: El artículo examina la idea de la creación en la tradición cristiana, a partir de algunos textos del Génesis y del evangelio de San Juan. Subraya que la idea de creación, tal como se ha desarrollado en el pensamiento occidental es equiparable en buena medida a la noción de sentido y de racionalidad. La noción de creación, rectamente entendida, genera las condiciones mentales propicias para la investigación científica.

Palabras clave: Ciencia, creación, razón, sentido.

Summary: This article examines the idea of Creation in the Christian tradition, taking some text of the Genesis and Saint John's Gospel as a reference. It underscores that the idea of Creation, as it has developed in the Western tradition is comparable to the notion of meaning and rationality. The notion of Creation, correctly understood, generates the adequate mental conditions for scientific research.

Keywords: Science, Creation, reason, meaning

* ioannes.rodriguez@gmail.com
Universidad de Los Hemisferios

Introducción

La idea de creación no goza de aceptación en el ámbito de la ciencia positiva. Se la considera una teoría fundamentada en un parámetro científico sin definición clara —Dios— y que ofrece una explicación muy difícilmente conciliable con los datos experimentales de los que disponemos. Por mencionar solamente un ejemplo, el desarrollo del mundo en 7 días es totalmente incompatible con los registros geológicos que nos hablan de periodos de centenares de miles de años. Con este precedente, parece que la idea de creación solamente puede ser el resultado de la falta de conocimiento, inteligencia o del intento irracional de aferrarse a una creencia religiosa que es difícilmente sostenible. En no pocos casos, la idea de creación se expresa con burla o desprecio.

Este rechazo —a veces particularmente violento— puede considerarse como el resultado de la confluencia de dos vertientes. De una parte, tenemos la óptica desde la cual el cristianismo contempla la Biblia. La tradición cristiana considera a las Escrituras divinamente inspiradas; palabra de Dios comunicada en lenguaje humano, y por tanto dotadas de absoluta infalibilidad. En una palabra, la Biblia —y con ella, el libro del Génesis, que contiene los relatos de la creación— se considera absolutamente verdadera. En este sentido difiere totalmente de los relatos de la mitología griega que provienen también de una matriz religiosa y que ilustran la condición humana, pero que no deben ser considerados como históricamente ciertos. Aquí se presenta un duro interrogante: ¿Cómo afirmar la verdad de unos textos que contrastan tan abiertamente con la evidencia de la ciencia positiva?

El tema de la verdad enlaza otra vertiente. Y es que, en el mundo actual, la ciencia experimental es identificada con la verdad. Resulta llamativo que incluso en campos tradicionalmente pertenecientes a las ciencias humanas como la sociología o la psicología, las encuestas y las pruebas de carácter cuantitativo adquieren un papel cada vez más relevante. Hay una clara tendencia a otorgar firme asentimiento a aquellos hechos que están respaldados por una sólida evidencia experimental. A esto habría que añadir la reticencia que se puede tener a una pretensión de verdad absoluta al verla relacionada con la estrechez de miras, la incompreensión, el fanatismo o la intolerancia.

La combinación de estos dos factores —la pretensión de verdad, unida a la falta de evidencia científica de tipo cuantitativo— hace que la idea de la creación se vea como una noción que por su irracionalidad no debe someterse a discusión.

Sin embargo, un estudio más profundo puede sacar a la luz algunos aspectos que quizá muestren una cara distinta del argumento.

Ciencia experimental y verdad

El primero tendría que ver con el método propio de la ciencia experimental. Podemos decir que, en su esencia más íntima, la ciencia experimental intenta establecer una correlación entre las hipótesis formuladas y los datos observados. Con frecuencia, el ajuste tiene también una medida cuantitativa, que puede ser un porcentaje, una probabilidad, un rango de resultados u otro instrumento de medición.

Por la misma naturaleza de su método, la ciencia experimental no se “casa” con una hipótesis determinada. La teoría conserva su validez en tanto en cuanto es capaz de explicar un resultado. Pero bien puede suceder que quede sustituida por otra distinta, que se ajuste mejor a los resultados observados o que el refinamiento en la recolección de información arroje un dato que no pueda ser explicado por la teoría vigente. O que una teoría prediga una observación que destrone a su oponente. En este sentido, la teoría es, por su misma naturaleza, provisional. Evidentemente, una teoría que ha sido abundantemente confirmada por numerosas observaciones y por un largo periodo de tiempo, tiene pocas probabilidades de ser abandonada. Pero, aun así, la historia muestra casos de teorías que parecían imposibles de modificar y que perdieron su pedestal, como sucedió, por citar un ejemplo conocido, con la teoría gravitatoria de Newton frente ante a la relatividad general.

En resumen, la ciencia experimental, no toca la cuestión de la verdad. Simplemente nos habla del grado de verosimilitud de una hipótesis comparando los resultados teóricos con los datos provenientes de la observación. No dice que una teoría se verdadera o falsa. Se limita a indicar la probabilidad de una correlación, que puede ser alta o baja, pero nunca deja de ser una probabilidad.

El hecho de que la ciencia experimental no alcance la verdad no proviene de un factor humano o de las limitaciones de los instrumentos de medición. Una mejora en los equipos produce generalmente mediciones más exactas. “Exacto” indica el rango de fluctuación de los datos, pero es precisamente un rango, es decir un conjunto, que sin importar lo estrecho que sea, siempre consta de infinitos elementos. La ciencia experimental no llega a la verdad porque la esencia misma de su método implica una renuncia a la verdad. No se trata de discernir lo verdadero de lo falso sino más bien de establecer un factor cuantitativo de ajuste.

El hecho simple y desnudo de que una aserción contradiga a la evidencia experimental no puede considerarse falso acudiendo a datos científicos. La ciencia, —repetámoslo una vez más— nunca versa sobre la cuestión de la verdad. Esto no obsta para que los resultados experimentales, considerados en el conjunto de otros factores, pueden llevar a una conclusión que sí pueda tenerse por verdadera.

Los fundamentos de la ciencia

Como toda rama del saber humano, la ciencia experimental tiene unos fundamentos que la dotan de coherencia interna y de sentido. Estos principios no aparecen directamente en los resultados y en el desarrollo del trabajo, pero son como la armazón interna que los sostiene y que justifican intelectualmente la tarea.

Posiblemente el principio más importante que sostiene e impulsa el avance de la ciencia es el convencimiento de que la mente humana es capaz de explicar la realidad. Existe, por decirlo así, una cierta conmensurabilidad entre la mente humana y el universo de lo real. Lo real puede “entrar” dentro de nuestra mente para ser analizado, discutido y explicado. Y viceversa, la mente es capaz de desarrollos conceptuales y cuantitativos que pueden confrontarse con la realidad descubriendo aspectos inéditos del ser de las cosas. En una palabra, la ciencia descansa sobre el convencimiento de que el mundo está dotado de sentido.

Se trata de un principio, y no de una conclusión. El hombre de ciencia, por decirlo de alguna manera, se arriesga a probar si las construcciones mentales que ha desarrollado se corresponden efectivamente con la realidad. Ése mismo impulsa denota una posición implícita: solamente una cierta esperanza de éxito justifica la tentativa y las fatigas que conlleva. Por otra parte, el feliz desarrollo de la ciencia, aparejado a la revolución tecnológica que hace posible, se va constituyendo cada vez más en un certero indicador de que la intuición apunta en la dirección correcta.

Es posible que el hombre de ciencia nunca reflexione temáticamente sobre la capacidad de la mente humana para modelar el universo, aunque se trata de un hecho que en sí mismo es sorprendente. Se pueden plantear, aunque sea desde el punto de vista hipotético, otros tipos de universos en los que esta maravillosa correlación entre mente y realidad esté ausente. Son mundos en los que nunca se desarrollará el sentido de la ciencia, que siempre necesita un vínculo entre inteligencia y realidad.

La desazón y la irritación que muchos científicos experimentan hacia la idea de “creación” puede plantearse en este sentido. Habitados a contemplar la realidad desde el punto de vista de su tarea, les parece una hipótesis arbitraria e irracional, que no cuenta con ningún elemento que pueda darle un mínimo de validez experimental. En último término identifican “creación” con “irracionalidad” y por eso les parece totalmente inaceptable.

De todas formas, una cierta ecuanimidad en la cuestión requeriría, al menos plantearse el hecho sorprendente e inexplicable desde el punto de vista científico, de que la mente y la realidad, funcionan en la misma longitud de onda, por decirlo de alguna manera. Además, es importante un acercamiento adecuado a los relatos bíblicos de la creación.

El Génesis y los relatos de la creación

Indudablemente, una buena parte de las dificultades al acercamiento de la Biblia vienen condicionadas por la hermenéutica. Los libros del Génesis surgen de una tradición religiosa, y en el marco de ella deben interpretarse. La finalidad religiosa orienta y determina todo lo demás, también una visión cosmológica que fue válida en la antigüedad pero que ha sido superada por los avances de la ciencia. Despreciar el contenido de estos libros porque su modelo cosmológico es primitivo, sería lo mismo que minusvalorar al Quijote por no tener en cuenta los avances de la energía nuclear. Quien no valore las páginas de la Biblia por no aportar una descripción científicamente exacta del desarrollo cosmológico, debería también rechazar la poesía, que acude a metáforas difícilmente explicables; los relatos de ciencia ficción, que describen situaciones y artefactos que están fuera de la realidad; la novela, que se desarrolla en un ámbito muchas veces imaginario y por último, el lenguaje corriente, que acude a descripciones que no pueden sostenerse desde el punto de vista científico: como la afirmación de que el sol sale por el Este o que el tiempo es el mismo para dos observadores que se mueven a velocidades relativas diferentes.

Solamente el respeto al carácter religioso de los textos permite adentrarse en su contenido. Esto no significa necesariamente aceptar ese contenido, sin más bien reconocer que el lenguaje está marcado por esa finalidad y que solamente bajo esa luz puede entenderse.

La pregunta, por tanto, no es si las descripciones científicas de la Biblia se ajustan al modelo científico que sostenemos hoy en día —evidentemente no— sino más bien, si podemos obtener de ese texto un aporte para nuestra interpretación del mundo, que es siempre un acto que trasciende a la evidencia experimental, aunque muchas veces se formule a partir de ella.

La dinámica de los textos bíblicos nos ofrece algunas orientaciones. La primera de ellas tiene que ver con la situación del relato de la creación. Es bastante conocido “el relato de los siete días” y que ocupa las primeras páginas del Génesis. En él se describe la creación del mundo articulada en una semana. Los estudiosos lo sitúan en el seno de una tradición denominada “Yahvista”, porque uno de sus elementos fundamentales es denominar a Dios con el tetragrama “YHWH”. Una finalidad claramente reconocible en estas páginas es la de fundamentar y justificar un importante precepto judío: el del reposo sabbático. El desarrollo concluye precisamente en este punto. El hombre debe descansar el sábado porque su obrar es un reflejo del obrar creador de Dios, que también —usando un antropomorfismo evidente— descansa en sábado.

A continuación, y de un modo un tanto abrupto, aparece un segundo relato, perteneciente a una tradición llamada “elohísta” porque en ella, el nombre que se utiliza para Dios es “Elohim”. Muchos piensan que alcanzó su configuración en una fase más temprana que el primer relato, principalmente por el carácter antropomórfico con el que se describen las acciones divinas.

No es éste el momento de detenerse en todas las particularidades de los textos¹. Basta con señalar que no se necesita un estudio demasiado extenso para percibir una clara diferencia de contenidos, orientación y preocupaciones temáticas.

Una de las diferencias más llamativas tiene que ver con la aparición del hombre. En el relato yahvista, el ser humano es la culminación de la creación. Comienza con la aparición de los seres más imperfectos y se desarrolla gradualmente hasta alcanzar su punto álgido en el hombre. En el relato elohista sucede justamente al contrario. Allí, el hombre aparece en la tierra antes de que surjan las plantas y las semillas, y entre ellos, el que será llamado el árbol de “la ciencia del bien y del mal”.

Si se quiere mantener una interpretación unitaria de ambos relatos es preciso concluir que las descripciones de los textos no son normativas. Un análisis más detallado de otros textos bíblicos llevaría a la misma conclusión. Las imágenes o figuras con las que se describe la acción creadora de Dios en la Biblia se corrigen continuamente unas a otras, sin que ninguna de ellas asuma un carácter claramente preceptivo. Los relatos bíblicos no se orientan al cómo, sino al “por qué”. Más que ajustarse a una perspectiva científica, pretenden señalar la trascendencia y la soberanía de Dios con respecto a la creación. Transmiten la idea de que el mundo viene de un Creador, pero que ninguna de las categorías de conocimiento humano es aplicable a Dios sin una grave distorsión.

En ese sentido, pretender que la creación del universo se haya llevado a cabo en periodos de 7 días, de 24 horas cada uno, no solamente es ajeno a la racionalidad, sino al mismo espíritu de la Biblia, que otorga a esas descripciones un carácter metafórico, aunque al mismo tiempo trascendente.

El evangelio de San Juan

Lo que se ha señalado hasta aquí debe complementarse con una indicación que proviene del evangelio de San Juan, que comienza con las palabras: “En el principio existía la Palabra (*Logos*)” (Jn 1,1). La frase está en marcado paralelismo con el inicio del Génesis: “En el principio creó Dios el cielo y la tierra” (Gen 1,1). No se trata de un hecho casual. San Juan, a lo largo de su evangelio ha dejado múltiples indicaciones de esta correlación, que no es preciso estudiar aquí. Basta indicar una semejanza fundamental. En el Génesis, Dios crea a través de su “palabra” (*dabar*, en hebreo) que actúa como instrumento divino en la configuración del mundo. Cada uno de los enunciados comienzan por las palabras “Y dijo Dios” y, como respuesta a ese mandato divino, surgen los elementos del mundo.

¹ Para una referencia más amplia puede consultarse José LOZA, Génesis 1-11, Desclee de Brouwer («Comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén»), Bilbao 2005,

El evangelio de San Juan enlaza inequívocamente con el Génesis, cuando señala que Dios realiza la creación a través del “Logos”, esa “Palabra fundamental”, que se encontraba junto a Dios desde el principio (cfr. Jn 1,2-3). La traducción habitual de “Logos” es “Palabra”, pero el concepto griego de “Logos” es bastante más amplio. Se refiere al lenguaje humano en cuanto portador de sentido. El “logos” de un discurso no es tanto la materialización verbal sino más bien, el principio interno que lo dota de configuración y sentido².

Cuando San Juan señala, en su evangelio que el “Logos” estaba al inicio de la creación, está indicando que la obra misma del mundo tiene su soporte y su explicación última en una realidad que es expresada en categorías de naturaleza intelectual y que, por tanto, se vuelve accesible — aunque nunca la pueda agotar del todo— a la mente humana.

El mundo en cuanto tal está transido y penetrado por un principio que le da orden y organización. Dicho de otra manera, “ser” e “inteligibilidad” son dos aspectos de la misma realidad, que provienen del “Logos” la gran Inteligencia que sostiene y modela todos los aspectos de lo que es.

La inteligencia humana, obra también del “Logos” y participación suya, se abre también al misterio de ser, cuya esencia más íntima es capaz de penetrar y de explorar. Esta es, en definitiva, la explicación última del sentido de la realidad. El mundo puede expresarse en categorías intelectuales porque el ser, es en su esencia más última, es pensamiento, reflejo de la riqueza infinita del Logos.

La ciencia es posible porque la inteligibilidad está en el sustrato más profundo del ser de la creación.

Intentemos recapitular lo dicho hasta ahora. El libro del Génesis no pretende ser un modelo cosmológico. Quiere más bien afirmar que el mundo, en su origen y su desarrollo, proviene de un principio que no puede expresarse en categorías científico-experimentales. Las imágenes con las que la Sagrada Escritura explica este proceso tienen un valor muy relativo. Se corrigen unas a otras y su interpretación conjunta apunta más bien a un lenguaje metafórico que quiere hablar de una causa trascendente. El evangelio de San Juan aporta una nueva luz a este conjunto: habla del universo como resultado de la acción del Logos y, por tanto, permeado de sentido en los entresijos más profundos de su existencia. Precisamente por ello, puede ser descrito en términos de categorías racionales. En último término, la idea de creación no remite a una hipótesis abstrusa, sino que explica por qué la inteligencia humana es capaz de descifrar los misterios de la naturaleza.

² Una revisión exhaustiva puede consultarse en R. Schnackenburg, *Comentario al evangelio de S. Juan*, pp. 252-309, Barcelona, Ed. Herder, 1980.

Consideraciones finales

Ahora es posible asomarse al verdadero concepto de “creación”. No se trata de una hipótesis de origen religioso carente de sustentación experimental. Tampoco es un recurso poco honesto para interpretar equivocadamente un texto difícil. Cuando hablamos de “creación” estamos afirmando que el mundo tiene un sentido. «La verdad fundamental que nos revelan los relatos del Génesis es que el mundo no es un conjunto de fuerzas entre sí contrastantes, sino que tiene su origen y su estabilidad en el Logos, en la Razón eterna de Dios, que sigue sosteniendo el universo. Hay un designio sobre el mundo que nace de esta Razón» (Benedicto XVI, 2013). Guardini (2006) expresa la misma idea, en otros términos: «la Palabra (Logos) contiene en su más simple esencialidad todo lo que se encierra de manera dispersa en el ancho mundo, la duración del tiempo, la profundidad de los más abstrusos significados, la sublimación de todos los ideales. Pero no sólo como imagen subsistente, sino también como poder creativo, pues por él se crearon todas las cosas» (p. 582). «La idea y la inteligencia no sólo son un derivado accidental del ser, sino que todo ser es producto de la idea; es más, en su estructura más íntima es idea» (Ratzinger, 2005, p. 130). Precisamente por ello tiene unas leyes que son accesibles al intelecto humano. Aristóteles ya había reflexionado sobre este punto llegando a la misma conclusión. Al observar el mundo, sus leyes y su regularidad, llegó a la conclusión de que solamente podía tener su origen en una Inteligencia (con mayúscula) que era su origen y que explicaba su maravillosa organización.

La ciencia experimental no puede llegar a la idea de creación. Esto no se debe a la imprecisión de los resultados sino a la naturaleza de su método. La ciencia parte del convencimiento —jamás demostrado— de que el mundo posee unas leyes que la mente humana es capaz de conocer. Por otra parte, al restringir su ámbito a los factores cuantitativos deja a un lado la cuestión de la verdad, aunque muchas veces los resultados apunten en la dirección de algo verdadero y no solamente probable.

La ciencia, sencillamente, no es un instrumento apto para tratar desde el punto de vista intelectual la cuestión de la creación. Pero no cabe duda de que su desarrollo y sus resultados son un poderoso argumento ‘a posteriori’ para respaldarla.

Referencias

- Schnackenburg, R. (1980). *Comentario al evangelio de S. Juan*, Barcelona. Barcelona: Ed. Herder.
- Loza, J. (2005). *Génesis 1-11 (Comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén)*, Bilbao: Ed. Desclée de Brouwer.
- Benedicto XVI, (2013). Audiencia 6 de febrero de 2013. Recuperado de http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2013/documents/hf_ben-xvi_aud_20130206.html
- Guardini, R. (2006). *Jesucristo es el Señor*. 3ª ed. Madrid: Ed Cristiandad.
- Ratzinger, J. (2005). *Introducción al cristianismo*. 10ª ed. Salamanca: Ed. Sígueme.